

La Alianza Cooperativa Internacional en América Latina

La presencia de la Alianza Cooperativa Internacional en América Latina materializada con la visita de su titular Lars Marcus y la perspectiva de la instalación de oficinas de la entidad en el norte y sud de nuestro subcontinente, representa a nuestra entender un hecho trascendente para el desarrollo futuro del cooperativismo.

Las cooperativas, en buena parte de nuestro suelo indo americano, han sido el producto de la promoción externa, ayuda sin duda valiosa en un inicio, pero que con el andar del tiempo imprime un sello de dependencia que debilita la fuerza intrínseca de la autogestión.

No se crea entonces que es la Alianza una agencia más para el desarrollo, no habrán de medirse los resultados de su presencia por la cuantía de la moneda extranjera comprometida en los proyectos.

La condición de universal y ecuménica de la entidad que pronto habrá de cumplir un siglo de existencia, otorga a la misma su carácter rector del pensamiento que es capaz de unir a más de quinientos millones de cooperadores, por encima de las diferencias de orden cultural, racial, religioso y político, que identifican en su diversidad a los pueblos que habitan el planeta y comprometerlos en acciones y programas que aporten soluciones a los afligentes y cruciales problemas de la humanidad en nuestros días. Pero este compromiso de extraordinaria amplitud no está por ello, teñido con cierta dosis de abstención o indiferencia frente a los interrogantes vitales de la edad contemporánea.

Signada desde su origen y comprometida durante toda su existencia con los principios señeros y los postulados de reforma social de los pioneros de Rochdale, la Alianza es no sólo custodio de esta herencia sino que, en su prédica permanente reverdece la praxis de la doctrina con sus llamamientos para enfrentar los problemas globales: la salvaguarda de la paz, el hambre, la energía, la protección del ambiente y el atraso en el desarrollo.

En la América, producto de la importancia o de pretendidas originalidades aborígenes, se han generado teorías que agotan el accionar cooperativo en la defensa del interés de grupo, castrando la profunda vocación social del movimiento, y desnaturalizando sus fines; o en aras de un desteñido neutralismo restan el aporte cooperativo a la lucha de los pueblos por su bienestar e independencia. Estas teorías han cabalgado sobre la base de mantener la ignorancia acerca de lo que representa el pensamiento de la cooperación auténtica que predica la Alianza Cooperativa Internacional.

Abre también la presencia de la ACI nuevos y fluidos canales en el intercambio con los movimientos cooperativos de todos los países del mundo sean estos de los llamados desarrollados o en vías de desarrollo, intercambios culturales y comerciales, que asentados sobre bases de igualdad serán de indudable beneficio mutuo.

No viene tampoco la Alianza a ocupar el espacio de ninguna de las organizaciones existentes de carácter continental. Ellas tienen su razón de ser por el tipo de actividad que abordan o por el particular sector cooperativo que atienden.

En cuanto a la Organización de las Cooperativas de América, que es parte de la ACI, su papel no se desluce, sino que se fortalece, como nucleamiento representativo de la problemática propia de nuestros pueblos. Es en el seno del cónclave mundial cooperativo, en el que OCA deberá aportar los puntos de vista que atienden a las reivindicaciones propias del cooperativismo latinoamericano, apuntando a la generación de un nuevo orden económico internacional, que remueva el peso aplastante de la deuda externa y genere las condiciones de un crecimiento con justicia social, de un desarrollo integrado, autónomo y armónico de la economía de nuestros países.

Por esta y otras innumerables razones, creemos que debemos saludar con alborozo y confiada esperanza la presencia de la Alianza Cooperativa Internacional en América Latina.